



LA RETIRADA DE SERVIEZ A CASANARE

Mayor CAMILO RIAÑO

Conferencia dictada por el autor, en la Academia Colombiana de Historia, el día 11 de mayo del presente año.

La retirada de Serviez a Casanare es uno de los acontecimientos más importantes de nuestra historia, ya que aun cuando no fue esta acción militar ni por sus efectivos, ni por sus resultados positivos un hecho de armas extraordinario, sí es motivo de estudio, meditación y análisis por sus grandes proyecciones en el resultado final de la guerra de la Independencia y por ende en el futuro de la nación.

Mucho se ha discutido al respecto. Panegiristas de uno y otro lado inclinados favorablemente hacia su biografiado, han tratado como en un Tribunal de Justicia de buscar todas aquellas cosas en pro de su defendido para volcar toda la culpa sobre su oponente. Siempre resulta así después de las grandes catástrofes o de los hechos desafortunados.

Tratando de no incurrir en lo expuesto anteriormente, haré algunas consideraciones desde el punto de vista militar sobre el episodio que nos ocupa, uno de los más trascendentes de nuestra nacionalidad: el derrumbamiento de la primera república y el comienzo de la llamada Epoca del Terror.

El problema en que se debatía el país era insoluble y este estaba condenado a perecer. La ingenuidad con que nuestros prohombres habían to-

mado las cosas de la independencia sin pensar ni remotamente en el peligro de una reconquista por parte de la Metrópoli, empeñada en la guerra contra Napoleón, mantenía al Nuevo Reino de Granada en un estado de indefensión tal, que era físicamente imposible resistir a la poderosa maquinaria de invasión con que Don Pablo Morillo aherrojó al antiguo Virreinato de la Nueva Granada.

Hagamos un breve recuento y recordemos el itinerario de los acontecimientos que nos llevaron al hecho que nos ocupa. Libre Don Fernando VII de sus problemas con Francia y sentado nuevamente en su trono, que había ocupado José Bonaparte, y mientras Napoleón se encontraba prisionero en Santa Helena, pudo volver a ocuparse de sus colonias americanas que, aprovechando tan difícil situación, habían proclamado la independencia absoluta de España. Y la Junta de generales le recomendó para lograr este propósito el envío de una gran expedición a la América Española, que dominara por la fuerza las colonias en insurrección y las redujera a la obediencia del gobierno peninsular.

"No fue, nos dice Rodríguez Villa, uno de los menores cuidados de la Junta de generales la elección del je-

fe a quien había de confiarse la organización y transporte de las tropas y la conducción de las operaciones militares. Entre los muchos propuestos escogiose al entonces Mariscal de Campo Don Pablo Morillo, oficial educado en la gran escuela de la experiencia, y que en opinión de su proponente, el general Francisco Javier Castaños, vencedor en Vailén, reunía las condiciones y caracteres tan difíciles de encontrar en una sola persona para ejercer tan espinoso y gravísimo cargo”.

Habiendo salido de Cádiz la escuadra que conducía el numeroso y bien provisto ejército expedicionario el 17 de febrero de 1815, ocupó la isla de Margarita a principios de abril del mismo año y el 11 de mayo a Caracas, en donde Morillo formuló y dió las primeras órdenes del plan de invasión al Virreinato de la Nueva Granada, para luego dirigirse a él rápidamente, ya que su principal puerto sobre el Caribe, Cartagena, era objetivo estratégico de primer orden. El ejército expedicionario español sitió y rindió a Cartagena, La Heroica, y se preparó para invadir al territorio de la Nueva Granada, lo cual realizó admirablemente por medio de 5 columnas que se organizaron desde Barinas hasta el Atrato de acuerdo con las condiciones topográficas y locales de las distintas provincias por someter.

Pocas veces un ejército invasor había encontrado una nación en un mayor grado de impreparación y anarquía. “El pueblo granadino, dice el historiador O’Leary, desde el principio de la revolución, había mostrado una fatal propensión a las reyertas civiles. El pretexto más frívolo era inmediatamente magnificado hasta servir de motivo suficiente de desavenencia y rara vez terminaban las disputas sin apelación a las armas”. Y el mismo general Don Pablo Morillo

lo aprecia así en comunicación reservada al Ministro de Guerra: “Observe Vuestra Excelencia que cuando Pamplona dió el primer grito de revolución que resonó en todo el Virreinato, Girón se declaró del partido contrario, pero Piedecuesta, su subalterna y su rival, se unió a Pamplona y con las armas dominó a Girón, pero no las opiniones de sus habitantes. El Socorro se declaró como Pamplona, Vélez se le opone, y así estas desuniones de los partidos de una misma provincia ayudaron a que el todo de provincia a provincia, tampoco se uniera”.

En cuanto al ejército nada revela mejor su estado como esta orden del Secretario de Guerra Don Andrés Rodríguez de fecha 14 de marzo de 1816: “Al Jefe de Brigada ciudadano Manuel de Serviez. Con esta fecha se previene que sigan al mando del teniente coronel graduado ciudadano Pío Domínguez, 150 hombres del Batallón Zapadores, que aunque no se han habilitado en el manejo del fusil, hace tiempo están acuartelados, son subordinados y están tal cual instruídos en giros y marchas”.

“Pero nada contribuyó, tan eficazmente a la pérdida de la República, comenta el señor Mayor Don Jorge Mercado, como la confianza puesta en la eficacia de las milicias. Los abogados y hombres de letras del Congreso y del gobierno influenciados por las ideas de Rousseau, de Finlanguieri y de Raynal, proclamaban la máxima de que el ejército regular era peligroso a la libertad y consideraban a las milicias como el más firme apoyo de la independencia. La práctica demostró una vez más la inutilidad de esta Institución cuando se trata de combatir contra un ejército de acción rápida y decisiva”.

Todas estas cosas reflejo de una continuada situación se agravaron más tarde en el periodo de la guerra pro-

piamente tal, cuando don Camilo Torres renunció a la presidencia de las Provincias Unidas y fue obligado a asumirla el médico, y Dr. en derecho canónico, don José Fernández de Madrid.

La experiencia enseña que en este momento crucial como es la guerra, los sistemas ideales de mando y conducción de una nación son: el Dictador político-militar y el binomio político-militar. Ideales podemos llamar estas dos soluciones puesto que la primera exige encontrar el hombre genial que posea la suma de cualidades que se necesita para asumir tal papel, suma de cualidades con que la naturaleza ha dotado solamente a muy pocos, entre ellos, Alejandro, César, Gengis Khan, Solimán El Magnífico, Federico, Napoleón, Bolívar y Lenin y la segunda, dos individuos de preparación excepcional en cada uno de los campos de su incumbencia que amalgamen su proceder en un mismo pensamiento y en una misma acción como en los casos de Bismarck y Moltke, Clemenceau y Foch.

Desgraciadamente para la República ninguna de estas dos soluciones de comando llegó en momento tan inextricable. El Dr. Don José Fernández Madrid no estaba capacitado para la conducción de las operaciones puesto que desconocía la estrategia, no tuvo el talento o la suficiente confianza de declinar la conducción militar en el Comandante del Ejército y no supo transigir ante la necesidad más apremiante del momento: la militar. Por su parte el general Don Manuel de Serviez, aventurero y hábil oficial francés, a quien Don Camilo Torres había encargado del mando en Jefe del Ejército, no tuvo el tacto apropiado para lograr imponer su acertado criterio militar al Presidente, sino que trató de hacerlo y, así lo hizo, por métodos reñidos algunas veces con la subordinación y la lealtad. Es decir,

aún cuando existieron los dos elementos, el político y el militar, no hubo un solo pensamiento, condición esencial del éxito en el acto bélico.

Además de no encontrarse un mando unificado civil y militar, la falta total de subordinación de las provincias al gobierno central, que había sido causa de la guerra civil, contribuyó grandemente al éxito de la invasión, cosa que Morillo apreció perfectamente al concebir y ejecutar su plan.

Hacia la capital de la República y hacia el sometimiento del gobierno central se dirigió la columna del coronel Don Miguel de La Torre, que formaba el grueso del ejército, compuesta por el regimiento Victoria, un escuadrón de artillería volante, una compañía de húsares y varias otras compañías de distintos regimientos, destacamento este que tomó el nombre de "División del oriente del Magdalena" y que salió de Cartagena en febrero de 1816, con la misión de tomar a Ocaña, trasladarse por el páramo de Cachirí a Girón y el Socorro y de allí en conjunto con la columna de operaciones del coronel Calzada, marchar a Santa Fe, objetivo principal del plan de operaciones.

Eliminado el ejército independiente de las provincias del norte en la batalla de Cachirí por las tropas de Calzada, la columna de La Torre pudo avanzar sin ningún problema de orden táctico y aún cuando las tropas del primero hubieran podido tomar la capital, Morillo reservó este honor a las traídas por él de España.

Como el presidente considerara en desprestigio al general Custodio García Rovira, derrotado en Cachirí, nombró como comandante de las tropas que componían la segunda línea de defensa y de las alistadas en la provincia de Tunja, en Ubaté y Chiquinquirá, como también de las que se replegaran del norte, al coronel Don

Manuel Roergas de Serviez, quien condicionó su aceptación a la remoción de Don Andrés Rodríguez del cargo de Secretario de Guerra, a la concesión del grado de general de Brigada y al acuerdo de prontas y eficaces medidas para una retirada a Popayán, a todo lo cual el gobierno accedió.

Aunque la vida y aventuras de este personaje se encuentran todavía en las sombras de la duda, podemos anotar que Manuel Roergas de Serviez era francés de nacimiento, que hizo todas las campañas de la revolución y del Imperio y vino a Venezuela a servir al lado de Miranda, de donde pasó a Cartagena y las Antillas, para volver luego contratado por Popayán como instructor de tropas. Participó en la desastrosa campaña de 1813 en donde tomó el mando de las tropas que se retiraron de Cartago a Ibagué, presionadas por Sámano y, en la de Nariño al Sur, como técnico en el arma de caballería, por lo cual fue nombrado comandante del grupo de Cazadores. Caído en desgracia ante Nariño, fue remitido preso junto con Cortés Campomanes desde la Plata a Bogotá en donde se les siguió consejo de guerra por el delito de conspiración, habiendo sido absueltos. A fines de enero de 1814 pasó al servicio del gobierno de Antioquia como profesor de la Escuela Militar para Ingenieros dirigida por Caldas hasta principios de noviembre del mismo año en que fue llamado a Tunja por el Presidente del Congreso para ser nombrado, con el grado de coronel, Comandante General de Caballería. A órdenes de Bolívar entró a Santa Fe el 11 de noviembre de 1814 habiendo sido herido en brillante actuación. En los primeros meses de 1815 lo encontramos nuevamente en Quilichao, Cauca, a órdenes del General José María Cabal, combatiendo contra los realistas de Popayán que amenazaban in-

vadir el Valle del Cauca. Después de la batalla del Palo, en que se destacó, tomó a Popayán el 7 de julio de 1815. Ante el peligro en que se encontraba la República, llegó a Santa Fe el 17 de octubre del mismo año con tropas antioqueñas y caucanas, en donde fue destinado inmediatamente a Tunja a tomar el mando de la Plaza y preparar nuevos contingentes, misión que cumplió hasta el 7 de marzo de 1816 en que se le nombró Comandante en Jefe del Ejército. El general Santander afirma que Serviez "gozaba de la mejor reputación militar", y el historiador Restrepo que "a conocimientos bastante extensos en la disciplina y en el detalle de los cuerpos, unía mucha actividad, vigor en sus resoluciones y valor", lo cual demuestra que la decisión del Presidente Don Camilo Torres fue acertada en cuanto a la escogencia del más capaz para el comando del ejército, en época tan aciaga para la república.

Serviez recibió entonces el mando del ejército, que se componía de 600 infantes y 600 de caballería, de los cuales solamente dos escuadrones eran regulares y el resto milicias, pero ninguno de ellos se había enfrentado al enemigo. Mayor General o Jefe del Estado Mayor fue nombrado el coronel Francisco de Paula Santander.

El estado de las tropas era miserable. En parte fechado el primero de abril de 1816 desde Puento Nacional, Serviez dice al Secretario de Guerra: "La desnudez y miseria en que he encontrado reducido este ejército, es inexplicable. U.S. puede suponérsela después de una derrota como la de Cachirí, antes de la cual hacía por lo menos seis meses que no recibían vestuario. Hay soldados que sin chaqueta ni camisa se cubren solo con la frazada, espectáculo que no puede mirar con indiferencia un jefe sensible, amante de la disciplina, casi incapaz de establecerse entre soldados des-

nudos y a quienes se les falte con lo más preciso para la subsistencia. U.S. debe persuadirse que nuestros soldados son los más virtuosos que jamás ha tenido nación alguna; ellos en medio de la desnudez y continuados padecimientos, han sido incitados por los enemigos a abandonar nuestras filas; por unos enemigos a quienes están viendo perfectamente vestidos y exactamente pagados. Pero sus virtudes son superiores a estos alicientes, que a otros que no fueran ellos ya los habrían seducido y deslumbrado”.

En tan difícil situación el problema del mando se agravó y la propuesta de Serviez de ejecutar una retirada que se imponía forzosamente no tuvo aceptación en el gobierno que la consideraba infundada; entre las muchas comunicaciones que al respecto envió y que se encuentran en los documentos de O'Leary, está esta al mayor general del ejército del norte coronel Francisco de Paula Santander: “Con esta fecha he prevenido al general del ejército del norte que de ningún modo verifique su retirada a la provincia de Casanare, sino que, llegado el caso de hacerla, según también se le ha prevenido, la haga hacia la provincia de Popayán por Zipaquirá, Chía, Cota, Bogotá, Mesa, etc., sin tocar en esta ciudad. Y el excelentísimo señor Presidente me manda comunicarlo a U. S. para que en caso de que dicho general no dé su debido cumplimiento a esta orden e intente eludirla, lo que indicará la variación de la ruta que se le ha trazado, tome U. S. el mando del ejército, dándose a reconocer en virtud de esta orden que hará U.S. entender a los jefes subalternos, y dará la necesaria a dicho general Serviez de que se presente al gobierno con cualquier jefe que quiera seguir sus ideas; procediendo a su arresto si hiciere una resistencia abierta. Lo que comunico a U.S. para su cumplimiento, con encargo de que

obre en el asunto con las debidas precauciones y prudencia. Dios guarde a Vuesta Excelencia muchos años, Santa Fe, 21 de abril de 1816.- José María del Castillo”.

Afortunadamente la sensatez de Santander no compartió tal orden y contestó lo siguiente: “Chocontá, abril 23 de 1816, por la noche. Honorable ciudadano José Fernández Madrid. Mi respetado amigo: Hoy me he reunido al ejército y he hablado largamente con el general Serviez. Está resistido a retirarse al sur porque cree que allá se concluyen los recursos y las esperanzas de salvarnos, y el resultado ha de ser una capitulación que nos sacrifique. Ha fijado perfectamente la opinión en los jefes y oficiales sobre la retirada a Casanare, en términos, que creen, que allá hay seguridad y esperanza de salvarnos. En estas circunstancias temo una disolución del ejército al presentarme como general de él; tengo sobrada resolución para hacer cumplir las órdenes del gobierno; ¿pero qué sacamos? Serviez se irá a Casanare, y lo acompañarán los oficiales del partido y los soldados de Venezuela, y el resultado es, no ir nada para Casanare y nada para el sur, y quedarnos todos en el sacrificio. En tan crítica situación no hay más partido que abrazar, sino que se venga usted volando al ejército; su presencia será respetable, y a su voz haremos lo que se mande. Serviez ha manifestado mucho contento de saber que viene Ud. con las fuerzas, y ha calculado que con estos refuerzos se puede comprometer una acción. Quiera Dios QUE NO se mueva el enemigo para que nuestras fuerzas estén quietas y no nos veamos en la necesidad de tomar un partido violento, que siempre es malo. No puedo hablar ahora con los jefes de caballería porque todos los cuerpos de esta arma están fuera de este lugar en diversos puntos. Ya usted conoce la firmeza de Ser-

viez para formar una opinión, mucho más cuando ella se dirige a prometer esperanzas de salvación. Tengo el honor siempre de ser su más apasionado amigo, atento servidor q. b. s. m. Francisco de Paula Santander. (Archivo Santander, tomo 1g. Pág. 401).

Antes de pasar adelante a pesar de que la historia ha confirmado la retirada a Casanare hagamos algunas breves consideraciones sobre la conveniencia o inconveniencia de una retirada y sobre la escogencia de la línea a seguir en este movimiento.

"Me parece que a Madrid le fue imposible dar una batalla en abril o mayo porque el ejército de Serviez, que era la fuerza principal que teníamos, estaba amedrentado por los españoles y desmoralizado. Si se le hubiera obligado a combatir habría sido para buscar una derrota más, porque el oficial o el soldado que no lleva confianza de triunfar, va preparado a huir", nos dice el general Pedro Alcántara Herrán, testigo presencial de los hechos, en carta que reposa en el Archivo Herrán de esta Academia, a Don Pedro Fernández Madrid, hijo del presidente.

Blume en su "Tratado de Estrategia" capítulo XV, considera que la retirada debe efectuarse como sistema defensivo para, aprovechando la extensión, eludir una decisión, desgastando móvil y ágilmente al adversario, hasta que este, con enormes dificultades en su abastecimiento, sufriendo fuertes pérdidas de personal y material por las largas marchas y los combates, llegué a una situación tal que el defensor, equilibrando sus fuerzas vivas y con sus líneas de operaciones acertadas, esté en las mejores condiciones para tomar la ofensiva, siendo fundamental no dejarse arrastrar a una batalla decisiva, antes que la situación se torne favorable.

Indudablemente la retirada propuesta por Serviez y nó otro tipo de acción se imponía en estos momentos y

las circunstancias requerían una conducción admirable por parte del comandante en jefe, ya que la inferioridad de condiciones en que el ejército forzosamente, pues muy raras veces se ejecuta voluntariamente, tenía que someterse a una acción de tal naturaleza. "La retirada, dice Almirante, siempre supone combate desgraciado; victoria, persecución por parte del enemigo; impulso tenaz inmediato, con medios ofensivos superiores. En todos los tiempos ha sido la retirada la piedra de toque de carácter militar, la dura prueba del general y del soldado. Las retiradas, aunque en el fondo desastrosas, pueden contribuir grandemente a ganar tiempo y restablecer los negocios. En grandes y largas retiradas hay que contar con que el perseguidor se dilata y extiende, mientras el perseguido se contrae y recoge; y siendo propio o amigo el país que este último atraviese, puede cambiar la suerte y el aspecto de las cosas". Y Jomini agrega: "La oficialidad y los cuadros en general deben convencerse de que la resignación, el valor y el celo por el cumplimiento de sus respectivas obligaciones, son virtudes sin las cuales no hay ejército digno de consideración ni gloria posible: deben saber que la serenidad en los reveses de la fortuna es más honrosa que el entusiasmo en los triunfos, porque para apoderarse de una posición basta el valor, al paso que es necesario el heroísmo para hacer una retirada penosa delante de un enemigo victorioso y emprendedor, sin dejarse abatir y oponiéndole un pecho de bronce; porque una retirada ejecutada con habilidad debe el príncipe recompensarla tan pródigamente como una señalada victoria".

Pero no solamente el problema grave res'día en si era conveniente o nó, retirarse, sino en buscar cuál era la línea más acertada para el efecto.

Dos propuestas encontradas trata-

ban de imponerse: la del Presidente y la de Serviez. La primera hacia Popayán y la segunda hacia los Llanos.

Veamos en qué basaba el Presidente Fernández Madrid su decisión sobre la retirada, en la citada carta del general don Pedro Alcántara Herrán: "En la Mesa, donde nos detuvimos 2 o 3 días, el Presidente convocó a todos los oficiales y estando reunidos nos dijo:..que él esperaba que mientras tanto el ejército de Serviez, bien fuera que continuase mandado por este general o por otro jefe, sostendría en el oriente la guerra, pues a pesar de que había desobedecido las órdenes, confiaba en su patriotismo; que el ejército del sur, auxiliado del refuerzo que le llevaba vencería probablemente la tropa del general Sámano, y que desde entonces se podía contar con la cooperación de los patriotas quiteños; que al puerto de la Buenaventura había llegado un buque de Buenos Aires, mandado por el almirante Brown quien con su escuadra dominaba las aguas de nuestra Costa del Pacífico; que estando el gobierno en el sur, le sería fácil entrar en alianza con las repúblicas de Buenos Aires y Chile para sostener la independencia, y concluyó recomendándonos abnegación y perseverancia". Los acontecimientos posteriores nos confirman que la apreciación del Presidente era errónea, pues estaba mal informado, y que aún con las tropas de Serviez no hubiera podido tener éxito en el sur.

En tanto Serviez consideraba los Llanos como la línea natural de retirada. Vuelvo a apelar al juicio de la historia para demostrar el acierto de Serviez, si consideramos cómo la naturaleza del Llano ha sido invencible y ha sido invencible, repito, porque la extensión es uno de los factores geopolíticos que más grandemente ha influido en las operaciones militares. Al respecto nos dice el tratadista Goutard:

"La superficie siempre ha presentado obstáculos a los jefes militares. Uno de los más importante es recorrer la superficie, es decir la distancia y el tiempo. Otro problema es la ocupación. La ocupación de una zona puede resultar tan costosa que podría paralizar las operaciones militares" Y el señor general Julio Londoño al hablar de la clasificación de los países por su superficie afirma: "La primera relación que puede establecerse en este sentido es entre extensión y libertad. Las naciones extensas, tienen normalmente libertad asegurada, mientras que las pequeñas están siempre en posibilidad de perderla". Y son los Llanos Orientales de Colombia con sus prolongaciones naturales una extensión gigantesca en donde los principios enunciados anteriormente tienen exacto cumplimiento.

Tan pronto como la vanguardia del ejército enemigo apareció en las cercanías de Puente Nacional, el día 2 de abril, Serviez inició la ejecución de su retirada, protegiendo la operación con un escuadrón de Dragones desmontados. Ordenó cortar los puentes del río Suárez desde Moniquirá hasta el camino del Monte de la Paja e inutilizar en cuanto se pudiera los caminos, todo esto ejecutado con gran disciplina. La retirada continuó por la vía Chiquinquirá, Ubaté, Lenguazaque y Chocontá. (Archivo Latorre. Tomo VII. Pág. 15).

En Chiquinquirá se aumentaron los efectivos del ejército hasta completar 1.000 infantes e igual número de jinetes y 4 piezas de artillería bien servidas por unos cuantos artilleros. El gobierno dictó las órdenes que creyó más convenientes para dotar al ejército de monturas, vestuario, armamento y ganados, pero ya el desaliento y la indisciplina habían cundido pues las tropas de La Torre ocupaban, entre tanto, la ciudad de Tunja, sin oposición de ninguna clase, y las de Cal-

zada La Villa de Leiva, lugar este en que se juntaron los dos destacamentos realistas asumiendo La Torre el 21 de abril el comando de ambas unidades. El desaliento comenzó cuando el gobierno trató de entablar negociaciones con los realistas, ante la presión de muchos y con el fin, según se dijo después, de dar tiempo para una operación militar.

El presidente que se había trasladado a Chía, comunicó a Serviez la orden de retirada al sur y las instrucciones conocidas al general Santander en caso de no ser acatadas, Serviez decidió tener una entrevista con el Presidente, según Santander provocada por Madrid, a fin de persuadirle revocara su orden y uniéndose al ejército con su guardia de honor, siguieran todos a la provincia de Casanare, conferencia que tuvo lugar en Chía en donde el Presidente le propuso aventurasen una acción general en vista de que con el enemigo tan próximo no era posible ejecutar una retirada ordenada.

Serviez argumentó con razones de peso a lo cual el presidente, en vista de que su guardia de honor y el batallón del Socorro estaban decididos a marchar a Popayán, le ordenó se situara con su ejército en un punto en que al mismo tiempo que cubriera su retirada hacia Casanare protegiera la del Presidente hacia el sur, con estas razones: "Por tanto U. S. no se retirará sino en el último caso que lo exijan las circunstancias, para no descubrir al enemigo sus designios ni dejar expuestas las expresadas fuerzas de Bogotá". El historiador Restrepo afirma que temeroso Serviez de que el Presidente con su gran influencia disuadiera sus tropas de marchar a los Llanos, ordenó a un oficial subalterno darle el parte falso de que el enemigo había ocupado Zipaquirá.

La Torre sin encontrar oposición llegó a Zipaquirá en donde recibió una

comisión de tres ciudadanos enviada por el Presidente, por presión del Cabildo de Santa Fe, quien a su vez le había enviado una comisión para proponerle, juntara las tropas y rindiera las armas para evitar a sus habitantes las desastrosas consecuencias de una ocupación a viva fuerza.

Después de esto, Fernández Madrid, se retiró a Popayán con las pocas tropas que quisieron seguirlo, el 3 de mayo de 1816, no sin tomar las medidas convenientes para inutilizar la artillería y salvar la mayor cantidad de material de guerra posible.

Inmediatamente que Serviez se enteró de la retirada del Presidente inició su movimiento retrógrado hacia los Llanos, aceleradamente, pues el enemigo los perseguía con tenacidad. El cronista Caballero nos dice que las primeras tropas de Serviez cruzaron la capital el sábado 4 de mayo en las últimas horas de la tarde, que "entraron por la alameda y siguieron derecho la calle Honda y Carnicería a salir al puente de Santa Catalina, y tomaron el camino de Une para Cáqueza. Llevaban muchos equipajes y más de 200 reses".

El 5 pasó por la ciudad el resto; esa noche las tropas pernoctaron en Tunjuelo y a la mañana siguiente se podía decir que el ejército republicano se había evaporado. Dice el historiador Restrepo: "De 2.000 hombres de infantería y caballería que llevaban no quedaron en aquella noche más que 600 infantes y 30 jinetes. El resto se desertó con sus oficiales, viéndose obligados los que permanecieron unidos a tirar el parque en los fosos y cañadas porque era numeroso y no tenían bagajes en qué conducirlos".

Todo parecía en contra del derrotado ejército republicano en el cual, en medio de los dos primeros batallones venía la venerada imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá que Serviez había traído de esa ciudad, el

20 de abril, con la esperanza de que su presencia derramara las bendiciones del cielo sobre sus huestes. Pero desgraciadamente la fama de protestante que le hacían los españoles, aumentada con la noticia que propalaban éstos de que traía preso al cura de Lenguaque, y las desgracias que caían cada día sobre su maltrecho ejército, hicieron pensar al pueblo que todas sus desdichas provenían del sacrilegio de sacar de su templo la divina señora, y aumentaban más y más las deserciones.

En Zipaquirá publicó La Torre el célebre indulto que tantas simpatías le causara entre los granadinos y tantos dolores de cabeza por parte de su jefe don Pablo Morillo. Por eso ocupó, sin ninguna resistencia, la capital el 6 de mayo, en medio del beneplácito de muchos de sus habitantes. Veamos cómo nos relata Caballero esta entrada triunfal: "Lunes 6 a las diez del día entraron algunos curros a caballo y a las once entraron los demás, como doscientos en todos. En todos los balcones y ventanas pusieron banderas blancas y colchas de lo mismo. Este día fue cuando se conocieron sin rebozo los regentistas y realistas y fue el día de la transfiguración como allá en el Monte Tabor porque dentro de una hora que fue de las 10 a las 11, se transfiguraron todos de tal manera, que todos los resplandores eran de realistas; aún aquellos patriotas distinguidos se transfiguraron que por los muchos resplandores yo no conocía a ninguno. Día maravilloso, ya se ve, día en que de nuevo se nos han remachado los grillos y las cadenas; y ahora sí que es de veras nuestra esclavitud. Si antes teníamos algún alivio, ahora no lo habrá; todo se ha perdido como dijo Enrique VIII; ya para nosotros no habrá consuelo; caímos en las manos de Faraón; paciencia y barajar. Las mujeres era cosa de ver cómo salieron como locas por

las calles con banderitas y ramos blancos, gritando vivas a Fernando VII, entraron en tumulto al Palacio y cubrieron los balcones y a las 11 que entraron los curros, ellas desde el balcón les echaban vítores con mucha alegría y algazara. La plaza se llenó de gente, con ser que más de media ciudad había emigrado".

Hasta aquí, varios de los documentos citados son ampliamente conocidos por haber sido publicados con profusión en muchas obras de historia. En adelante traeré a comentario, algunos del archivo del Mariscal de Campo don Miguel de La Torre, importantísimo documental que acaba de llegar a la Academia, procedente del Archivo de Indias, por gentil obsequio del Hermano Nectario María, brillante investigador venezolano y Miembro correspondiente de esta Institución. Indudablemente en el Archivo La Torre tendremos una de las más valiosas fuentes de investigación para confirmar muchos asertos y desvirtuar otros en beneficio de nuestra historia nacional.

Tanto en persecución de Serviez como del Presidente, envió La Torre varias columnas volantes. De perseguir al primero recibió la misión el capitán don Antonio Gómez, comandante del Escuadrón de Carabineros Leales de Fernando VII, con su escuadrón y la compañía de cazadores del primer batallón del Regimiento de Numancia. Serviez pernoctó el seis en Chipaque, el siete en Cárquez y el capitán Gómez dió alcance a la retaguardia el día nueve en el alto de Ubatoque en donde Serviez hizo una pequeña resistencia. Nuevamente los patriotas hicieron otra resistencia en el alto de los Gutiérrez perdiendo algunos hombres; atravesaron el bosque de Quebradahonda y la altura de Sáname, lugar este, en donde los realistas encontraron la Virgen de Chiquinquirá que había sido abandonada por los independientes en

un rancho. Continuando Serviez su retirada quiso hacerse fuerte en el paso de La Cabuya de Ríonegro adelante de Cáqueza, pero la tropa poseída de pánico se dispersó en su mayor parte, muchos se ahogaron y en poder del capitán español quedaron la caballería, los equipajes y muchos prisioneros, restando solo a Serviez 150 hombres, con los que continuó su retirada hacia San Martín perseguido de cerca por los realistas. Sin embargo Serviez hizo todo lo posible por hacerse fuerte en dicho punto. El capitán Gómez dice en su informe al respecto: "La precipitación de su fuga fue causa de que perecieran muchos en el río cortando ellos mismos las cabullas, y entre ellos el comandante de artillería Juan Pedro, un coronel y tres oficiales. A pesar de todo esto el enemigo intentaba poner nueva cabulla, y por lo que dispuso enviar con veinte hombres al subteniente don Pedro Guas el que consiguió sorprenderlos, y que se arrojasen todos al río; vuelto en sí, el enemigo intentó probar fortuna presentando todas sus fuerzas sobre la orilla del río pero salieron frustradas sus esperanzas, pues aunque por tres horas seguidas, sostuvo el fuego, de los doscientos hombres que le quedaban, quedaron veinticinco muertos, y el resto la mayor parte heridos". (Archivo La Torre tomo VII. Página 18).

Hasta este momento la conducta del coronel La Torre, disgustaba profundamente a Don Pablo Morillo quien en oficio del 19 de mayo firmado en Guadalupe, le ordena que "sin perder un momento se ponga en marcha con las tropas de su mando en los términos que le tengo ordenado; pero dejando antes de su partida, en prisión segura a los cabecillas, y hombres perversos que existan en esa capital. debiendo Ud. tener presente para lo sucesivo, que en la guerra es necesario no perder momentos, para descansar; mucho

más cuando la ocupación de la capital, la miro militarmente, como la de un lugar cualquiera abierto e indefenso, que basta solo una compañía para sujetarlo". (Archivo La Torre. Tomo XIX. Pág. 186).

Pero si en el oficio citado, Morillo daba a entender su disgusto, en esta carta personal del mismo día, es más explícito en sus puntos de vista: "Mi estimado La Torre: sin duda que ha salido Ud. de la Batueca se ha vuelto bobo o no conoce aún a los americanos; me dice Ud. en su carta que los pocos malos que hay están arrepentidos; lo mismo se decía de los de Margarita y nos han jeringado muy bien y falta el rabo por desollar, entonces era otro tiempo porque el Ejército acababa de llegar a América, pero ahora estamos en otro caso y es preciso proceder como el Rey manda, esto es castigar las cabezas o motores de la revolución más que digan que están 80 mil veces arrepentidos y su principal deber de usted luego que ocupó la capital, era haberlos puesto presos inmediatamente, porque debió conocer que cuando en mi indulto solo perdono los oficiales que hagan un servicio interesante a la patria, no podría verificarlo con los cabecillas ni el Rey me lo aprobaría. Si Ud. dice que son tan buenos y tan amantes del Rey, ¿por qué no han imitado a los de Honda prendiendo a Serviez y a toda la canalla para lavar su mancha? Amigo mío, desengáñese y abra el ojo con esa canalla, que solo desean que los soldados se vayan minorizando e inutilizando con las llagas y otras bajas, para echarse encima, en cuyo caso quizás sería Ud. el primero a quien como tal elemento colgasen. Tanto Ud. como Calzada se han quedado asombrados con 4 vivas y otras tantas exterioridades, habiendo dejado de perseguir los enemigos solo por disfrutar de la capital, pero a bien que ahora tendrá que hacer 4 meses de marcha, cuando se pudo ha-

ber acabado con la canalla en 4 días. Hasta ahora no sé quién vaya en seguimiento de Madrid pero Ud. me será responsable de todos los resultados, que estoy seguro que si a unos y otros se les hubiera estrechado y perseguido sin dejarles respirar las bajas de la desertión hubieran sido más considerables y dejando solo a los cabecillas no dudaría que en este caso los mismos pueblos les hubieran prendido. Todos son oficiales y jefes prisioneros pero hasta ahora no se qué se haya hecho de ellos, a no ser que haya sucedido lo que con Valderrama, que parece le dió Ud. libertad y ahora nos está jeringando; bien que estando Ud. en la capital le importará poco que a quel Serviez, y todos se reúnan con Urdaneta en los Llanos, o cuando menos que se infeste todo el reino de guerrillas. Acuérdesse Ud. que cuando le dije que no se engolosinase con la capital, me respondió que antes que entrase en ella ya no existiría ni Serviez ni ninguno de sus secuaces, pero parece que se ha olvidado Ud. bien pronto; Dios quiera que un suceso poco desagradable no le recuerde algún día esta falta. Yo no sé cómo entender los partes del capitán Don Antonio Gómez, ni cómo ustedes pueden persuadirse que los enemigos están destruídos, cuando ellos (los partes) no tienen pies ni cabeza, pues unas veces dicen que ya ha concluído con ellos, que los que no han sido muertos o prisioneros se habían ahogado, y en seguida que se han reunido 1.500 y que le han vuelto a batir, los vuelve a deshacer y se defienden de puesto en puesto y por último resulta que han quedado con Serviez 200 del otro lado de la Cabulla, en fin repito que todos están atontados y que nada se hace de cuanto tengo prevenido y está en el orden que se haga. Diga Ud. a Escuté que los honores que quiere hacerme con la columna que vaya a hacerlos a Serviez y que me lo traiga

preso. Páselo Ud. bien y mande a su afectísimo que besa su mano. Pablo Morillo".- (Archivo La Torre. Tome III. Pág. 2).

En cumplimiento de esta orden perentoria La Torre salió en persecución de Serviez el 26 de mayo creyendo darle alcance muy pronto ya que aunque la estación le era desfavorable, lo era aún más para Serviez que iba perseguido y en inferiorísimas condiciones. Para combinar su movimiento y poder atacar por el norte en una maniobra convergente dispuso que de San Gil saliera la columna comandada por don Manuel Villavicencio, compuesta de caballería de Fernando VII y 6 piezas de artillería volante, para que en unión con la que enviaba desde Santa Fe formada por los Cazadores del Ejército a órdenes del Teniente Coronel Don Matías Escuté, penetrara a los Llanos por la parte occidental de la cordillera, interponiéndose entre las tropas de Serviez y los patriotas de Venezuela, para cortarles el paso e impedir su integración.

Serviez continuó su retirada por Apiay, lugar que alcanzó La Torre el 30 de mayo, queriendo internarse en los Llanos de San Martín, pero imposibilitado de pasar el Río Negro, afluente del Meta, y aunque había mandado construir balsas, decidió dirigirse a los Llanos de Casanare, a pesar de los muchos ríos que debía atravesar, con el fin de reunirse con las columnas patriotas que operaban allí.

Serviez imponía la táctica de tierra arrasada para impedir que el enemigo se aprovechase de los recursos naturales de los lugares que atravesaba, táctica que surtió gran efecto y que hizo escribir por La Torre a Morillo: "por donde yo voy todo lo arruinó Serviez con el efecto de que no nos quedasen auxilios".

En Apiay el comandante patriota había despistado perfectamente al rea-

lista, motivo por el cual este se detuvo en dicho punto hasta el 11 de junio y envió a San Martín un capitán y 30 carabineros, buenos nadadores, con el fin de conseguir caballerías, los cuales lograron pasar el Río Negro el día 8 con la pérdida de 1 soldado y 2 caballos que llevaban.

Desde Apiay La Torre escribe al comandante en jefe: "del insurgente Serviez nadie nos da razón; solo dicen esos infelices paisanos, que pasó el Ocoa y el Guatiquía con dirección a Casanare, que se le ahogó mucha gente en el paso de estos dos ríos; que no llevaba ningunas municiones por haber tenido que tirarlas en virtud de haberse quedado sin caballerías y que los pocos que le siguen van maldiciendo su suerte".

Solo el valor, el heroísmo y la elevada moral de estos hombres derrotados pero no vencidos, que sentían en su corazón la amargura de la Patria perdida, de sus seres queridos en poder del invasor que seguramente los haría víctimas de sus acciones en pro de la libertad, podían sobreponerse al cansancio, la fatiga y el hambre. Acasados por un enemigo despiadado que los perseguía inmisericordemente e impedidos de avanzar con rapidez en sus marchas por los compañeros cansados, enfermos o postrados por inanición, atravesaban los Llanos inmensos cruzados de obstáculos casi insalvables, escribiendo una página más de gloria en los anales de nuestra historia.

En su marcha hacia el norte Serviez siguió a La Fundación, hoy Barranca de Upiá, en donde se detuvo para mandar comisiones a lugares aledaños con el fin de levantar el ánimo de sus habitantes. Mientras tanto La Torre informado en Apiay de sus movimientos salió para Cumaral el 11 de junio, lugar a donde llegó el 12, debiendo es-

perar a los carabineros que habían ido a San Martín a traer caballos, pues estaban desmontados.

Entretanto a Serviez se había unido un escuadrón de 150 jinetes enviados por el General Urdaneta para proteger la retirada, al mando del capitán Soler.

El 14 de junio La Torre destacó una partida que sostuvo con algunas tropas de reconocimiento patriotas un corto tiroteo, en la margen derecha del Upiá. Los independientes habían cruzado el río y se encontraban ya en San Pedro de Upiá. Casanare. "Por las noticias del paisano, dice La Torre, calculo llegarán a 400 o más trayendo a su vanguardia un capitán que era de Calzada y por haberle quitado este jefe el empleo se pasó al enemigo... mi fuerza no llega con buenos y malos a 300 hombres contándose entre estos 2 compañías de caballería que no han visto nunca al enemigo y son reinosos que pueden ser buenos soldados".

En la tarde del 19 de junio llegaba de San Martín a Cumaral la comisión que destacara en Apiay trayendo consigo 250 caballos de este sitio y San Juan, con los cuales La Torre logró continuar su movimiento hacia el Norte el 21, llegando al río Upiá con su caballería el 23 por la tarde, mientras su infantería permanecía en la Fundación.

Una partida de 25 jinetes patriotas al mando de un oficial se encontraba en la margen derecha con misión de reconocer y hostigar al enemigo, la cual sostuvo corto combate con los españoles cayendo 9 de ellos prisioneros y viéndose obligado el resto a pasar el río a nado. Según informaciones de estos prisioneros Serviez había seguido hacia Pore porque las milicias que hostigaban eran tropas de Moreno y Urdaneta que cubrían la retirada.

El jefe realista tomó entre otras disposiciones la de enviar a Medina un

rar el rey y la de construir buen número de balsas con capacidad para 12 soldados y 2 bogas, con los cuales inició el paso del río, operación que se efectuó desde el día 26 al 30 pues el de cada balsa se ejecutaba en un mínimo de media hora.

El primero de julio La Torre continuó su marcha hacia Santiago de las Atalayas. Las tropas de Pore según noticias se encontraban en Barroblanco y sus avanzadas antes de dicho pueblo. Las penalidades de todo género mortificaban al destacamento español: "las calenturas, dice el jefe realista, van en aumento y todos los llanos son muy propensos a este mal, causa porque están muy poco poblados pues toda la provincia de Casanare no llega a 2.000 reinosos los que tiene". El español llegó a Santiago el 3 de julio en la noche, después de haber logrado vadear el Cusiana por sus cinco brazos y habiendo salido de allí el 5 llegó a Pore a las 12 del día 10 de julio.

Al entrar a la población el ejército realista la encontró abandonada pues los patriotas al mando del gobernador Moreno estaban acampados a una legua de ella. A la 1 de la tarde de ese día los independientes en número de 25 a 30 atacaron la población obligando a los españoles a tomar las disposiciones convenientes para repeler el ataque y cargar sobre el enemigo. Los patriotas desaparecieron en la llanura; los caballos del enemigo estaban demasiado estropeados para perseguirlos. La táctica guerrillera continuaba siendo aplicada admirablemente; "Los enemigos no me esperan en ningún punto pues tienen buenos vigías y lo mismo es vernos huyen", afirma La Torre.

El pueblo llanero se había solidarizado con los independientes. La retirada de Serviez era acompañada pa-

trióticamente por los habitantes de las regiones que atravesaban, abandonando todo para seguirlo o huyendo de los españoles. Continuamente el jefe realista se queja de esta soledad en que lo sumen los pueblos que él cree adictos: "A la llegada a este punto no encontramos ningún habitante", escribe en comunicación de fecha 17 de junio desde Cumaral. Más adelante afirma: "En la Fundación y casas que hay en este punto (el río Upía) no ha quedado un solo habitante, pues los enemigos los han hecho pasar el río" y en Santiago dice: "en esta solo encontramos dos vecinos habiendo huído a Pore los demás, excepto algunos que hay en la montaña y dicen bajarán al momento. La mayor parte de los Llanos carecen de curas; y los pocos que hay van huyendo hacia Pore como ha sucedido con el de Barroblanco y este punto". Indudablemente el ejército patriota contaba con el apoyo moral del pueblo granadino que lo acompañaba en estos momentos heroicos.

Mientras tanto Serviez, con 56 infantes que concluían la última jornada del movimiento, fue a incorporarse a las fuerzas que Urdaneta organizaba en Chire. En su marcha hacia este pueblo se encontró con la columna realista al mando del coronel don Manuel Villavicencio, el 29 de junio en la laguna de Guachiría a 2 ó 3 leguas de Pore. El combate, que terminó por oscuridad dejó libre el paso, permitiendo a Serviez reunirse con Urdaneta el 1º de julio. "Hoy (11 de Julio), dice La Torre, he recibido oficio de fecha 2 del corriente desde Tesa del coronel Villavicencio en que me avisa de la derrota que hizo a Serviez; este malvado después de esta acción vino huyendo por esta y repasó el río Pauto, llevando consigo solo 3 oficiales y uno de ellos herido; después de pasar el expresado río se dirigió por su ori-

lla derecha abajo en dirección a Trinidad”.

El coronel Villavicencio por orden de La Torre emprendió su marcha desde Nunchía a Pore, lugar a donde llegó su Caballería el 12 de Julio y su infantería al siguiente para iniciar operaciones sobre Trinidad y Guanapalo, parroquias distantes tres días de allí, en donde según La Torre se encontraba la mayor parte de la emigración y muchos cabecillas.

La retirada había terminado. El movimiento retrógrado que Serviez iniciara el 2 de abril desde Puente Nacional lograba su objetivo de incorporar los restos del maltrecho ejército republicano a los destacamentos patriotas que luchaban en los Llanos. El coronel La Torre había causado grandes bajas a su enemigo pero al menos un puñado de hombres, entre ellos cabezas valiosas de la revolución, como Francisco de Paula Santander, José María Córdoba, José María Vergara, José Concha, Francisco Madrid y José María Mantilla, habían terminado la operación militar emprendida. Las líneas patriotas se habían acortado sobre su nueva base de operaciones; las españolas se habían alargado demasiado y aunque los realistas formaron un nuevo teatro de operaciones en los Llanos los obstáculos para recorrerlo y las dificultades de la ocupación eran inmensas. La concepción estratégica de Serviez había sido acertada y la conducción de la operación hasta su culminación, admirable.

Los sufrimientos habían sido inauditos. Multipliquemos por 10 los de los independientes y oigamos esta carta personal de La Torre a un oficial amigo, fechada en Pore el 2 de agosto: “Mi estimado Ortega: por el parte que doy al general verás nuestros trabajos en la expedición que he hecho en dirección a Guadualito sin contar con las muchas hambres. Interésate hasta

con el Padre Eterno para que me saquen de aquí, pues ya tengo canas; estoy sin ropa pues toda la que traía se la llevó el diablo. Hace 2 meses ando con alpargatas de pita y sin tener un día que no me moje hasta la cintura; creo nos saldrán a todos a las canas los últimos trabajos de la campaña: Herrera marchará mañana o pasado enfermo a Labranzagrande; yo tuve anoche un gran calenturón y tengo los pies hinchados, con otros males sin contar el sin número de garrapatas que a cada momento se nos agarran y cada una forma una llaga. Por favor a Castaños que he recibido la suya del 21 de junio, hoy que no le escribo por estar muy cansado y me voy a tirar encima de un poco de cuero (cama más brillante que he tenido en los Llanos). Adiós amigo mío. Escríbeme y manda a tu afectísimo.- Miguel de La Torre. (Archivo La Torre, Tomo VII. Pág. 43).

Reunido con la columna del coronel Villavicencio, La Torre hizo de Pore su centro de operaciones de donde destacó, siempre en persecución de los independientes, el 12 de julio una partida hacia Santiago, el 13 una compañía de caballería entre Pore y Chire y el 14, el escuadrón de don Antonio Gómez, con 140 soldados a caballo hacia Trinidad y Guanapalo, para luego marchar a Chire.

Tres pequeños núcleos patriotas operaban ya en Casanare que se convirtió desde este momento en importantísima base de operaciones para la reconquista del territorio patrio: el del coronel Miguel Valdés, comandante del ejército de la Unión llamado de Oriente, el que organizaba el General Rafael Urdaneta y el pequeñísimo resto de la operación emprendida por Serviez.

Nos dice el señor General Páez en su autobiografía, que Valdés deseando una organización que evitara la anarquía, promovió una reunión en Arau-

ca el 16 de julio para elegir un jefe único y un gobierno provisorio. En ella se hicieron representar los Generales Urdaneta y Serviez por el coronel Santander. La junta nombró Presidente del Estado de Casanare al Dr. Fernando Serrano, gobernador que había sido de Pamplona y persona de relevante trayectoria; para ministro Secretario al Dr. don Francisco Javier Yáñez; para Consejeros de Estado a los Generales Serviez y Urdaneta y para comandante en Jefe del Ejército al coronel Francisco de Paula Santander. Además se convino que todas las tropas y emigrados pasaran a la margen izquierda del Arauca para salir de la zona de operaciones del destacamento de La Torre.

Los patriotas continuaron a Betoyes y Guasualito a donde llegaron en agosto, siempre perseguidos por La Torre quien consideró imprudente continuar la persecución y regreso a Pore en donde creó varios puestos militares fijos, en ese punto y en el Alto de San Ignacio, San Martín, Chire, Morcote, Santiago y otros con el objeto de continuar en lo que él creía que lograría, el sometimiento de los independentes. Distribuyó sus tropas así: Las del Regimiento Victoria en Labranzagrande, los Húsares y Cazadores en Morcote y los Carabineros en Chire y orillas del Meta.

La guerra continuó entonces con encarnizamiento. Habiendo sabido La Torre que en Guanapalo quedaban algunos patriotas envió a sorprenderlos al capitán don Manuel Morales quien logró hacerlo con un pelotón al mando del Teniente de carabineros Don Agustín Montaña quien fusiló inmisericordemente a 19 prisioneros. Estos hechos enardecieron a los republicanos que desde este momento hostigaron más y más los puestos militares y La Torre, en diciembre, nombrado con el grado de Brigadier, comandante de

la II División que debía operar sobre Guasualito, siguió con sus tropas a ese lugar.

Ya que la historia es maestra, no quiero terminar esta conferencia sin antes extraer de este suceso militar que brevemente hemos considerado, algunas conclusiones:

1) Es necesaria una preparación militar eficiente para afrontar cualquier eventualidad cuando la defensa de la integridad territorial o de las Instituciones Patrias lo requiera, y evitar improvisaciones que solo llevan a los fracasos en las operaciones y a la derrota final.

2) Debe existir un criterio unificado en la conducción de las operaciones militares.

3) La subordinación de las Fuerzas Militares al Jefe del Estado, su Comandante Constitucional, debe ser irrestricta y a este, a su vez, corresponde asesorarse de los mandos y organismos técnicos y profesionales que durante la paz se preparan para tal fin.

4) Las Fuerzas Militares deben sentir el apoyo unánime de la nación en su cometido pues, hoy más que nunca, el concepto napoleónico de "Nación en Armas" se hace más valedero ya que los problemas nacionales, y la guerra es el más grave de ellos, incumben a todos los ciudadanos por igual.

Como epílogo de la famosa invasión al Virreinato y de las retiradas, a Popayán, que finalizó con la derrota total de los patriotas en la Cuchilla del Tambo, y a Casanare, que acabamos de analizar, la primera República había fenecido, pero la guerra la continuaba ese puñado de valientes que luchaban en los Llanos dispuestos a reconquistar la Patria para las generaciones venideras. Todo se había perdido, menos la esperanza y la fe en la libertad. Serviez el conductor de esta jornada heroica sucumbió más

tarde en un terrible drama sobre el cual la historia no ha dicho la última palabra; era el Caballero de la Aventura y durante toda su vida tuvo un permanente contacto con ella. Santander había sido nombrado Comandante en Jefe porque sus cualidades de conductor y de organizador de la victoria empezaban a revelarse. De este episodio y de esta dura prueba

surgía la figura procerca que al mando de las incipientes Unidades patriotas había de convertirlas en los recios batallones y escuadrones granadinos que como vanguardia demoledora vencieron en Paya y fueron los primeros en Gámeza, Vargas y Boyacá. En la noche de la opresión se vislumbraba una aurora: la independencia definitiva de Colombia.